

## Camilo Torres: el cura y el sociólogo

### Entrevista al Padre Miguel Triana Uribe<sup>1</sup>

Fernando Cubides C./ Universidad Nacional de Colombia

“El autor del presente estudio es sacerdote que a la vez es sociólogo; sería interesante hacer una amplia demostración sobre la relación que tienen esas dos actividades como, en general, mostrar las diferencias y las aplicaciones de lo sagrado y lo profano.”

- Camilo Torres Restrepo, 8 de marzo de 1963

#### Presentación<sup>2</sup>

Más de una vez, en el curso de su formación y de su trayectoria, Camilo Torres (1929-1966) abordó la cuestión del modo en que se conectaban esas dos vocaciones: la del cura y la del sociólogo. Muy temprano, cuando apenas se encontraba en segundo año de sociología, Torres adquirió cierta celebridad local, al ofrecer una entrevista para un periódico bogotano, publicada luego como libro, que equivalió a una especie de renovada profesión de fe: toda una declaración de principios, generacional, en la que se propuso ilustrar el modo en que esa doble formación, la del sacerdote, la del sociólogo, se complementaban<sup>3</sup>.

Por razones justificadas, en la mayoría de las biografías y semblanzas que se han hecho sobre este personaje<sup>4</sup> se hace énfasis en la relación entre el cura y el guerrillero, el más polémico de los nexos entre los roles que conformaron su trayectoria vital. En razón de mi oficio, el de sociólogo, en cambio, me interesa más explorar el vínculo entre el sacerdocio y la sociología, que en la óptica de Camilo fue siempre muy armónico: dijo haber estudiado la sociología y haber ejercido como sociólogo porque quería ser mejor sacerdote.

Desde antes de Max Weber, pero sobre todo a raíz de la difusión de su obra más conocida, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), la reflexión de los sociólogos sobre la vocación profesional y acerca de los valores que orientan la elección de una actividad profesional por parte del individuo y que lo guían en el curso de su desempeño ha sido el foco del análisis. Uno de los ejes de la argumentación de la propia obra de Weber asume que todavía se pueden hallar resonancias religiosas en la escogencia de una actividad profesional cualquiera, por secular que sea, por distante que se halle a primera vista de cualquier sistema de creencias. Tras dilucidar el asunto, apoyado en su conocimiento histórico, Weber teoriza sobre esta idea, pero no se circunscribe a ella. En dos conferencias, hoy célebres

(que en verdad son auténticos ensayos), con toda la fuerza polémica de que era capaz, batallando contra quienes en su época pretendían hacer de la cátedra una tribuna, pero a la vez contra los indiferentes en política, Weber se ocupó de aplicar sus convicciones sobre la ciencia como actividad profesional y también sobre la política en tanto que profesión, así como sobre los componentes vocacionales en una y otra.

Hay historiadores de las ideas que encuentran componentes comunes en la base de ambas disciplinas. Para ello no dejan de subrayar que dos de los pioneros de la sociología, Henri Saint-Simon y Augusto Comte, terminaron fundando sendas iglesias. Si, como se ha señalado tantas veces, en su origen más remoto, la universidad como institución surge en el ámbito de la iglesia, bajo su égida, su paulatina secularización, o su radical autonomía respecto de la iglesia, no excluyen múltiples intercambios. Y para el caso, Camilo Torres consideró fluidas y del todo complementarias las dos formaciones, así como las dos actividades. De esa forma trató de desempeñarlas. Fue sociólogo, profesor e investigador en la Universidad Nacional de Colombia, pero también su capellán, cura de almas de la muchachada estudiantil, o de una parroquia bogotana. Para decirlo con la jerga profesional de su época, en principio no percibió un “conflicto de roles”. Fueron sus superiores jerárquicos quienes insistieron en la diferenciación, en las tensiones que implicaba, y lo apartaron de su cargo de capellán y en fin, lo indujeron a optar por una u otra vocación.

En 1991, por encargo del Director de la Biblioteca Nacional, el filósofo Rubén Sierra, adelanté una serie de entrevistas con propósito documental a personas que conocieron a Camilo Torres en su ámbito más privado, y compartieron con él alguna de esas experiencias formativas<sup>5</sup>. Dos de ellas se hicieron a quienes compartieron el ambiente del Seminario Mayor, seminario del clero diocesano, dependiente del Arzobispado de Bogotá, en donde Camilo Torres se formó como sacerdote. Al final de su trayectoria, y a raíz de su muerte en las filas de una organización guerrillera, hubo quienes, sin argumentos suficientes, atribuyeron dicha radicalización a deficiencias formativas. Una indagación más detallada pone de presente, en cambio, que su formación como sacerdote fue todo lo buena que podía ser. Así lo asevera uno de los entrevistados, que llegó a ocupar cargos importantes en la jerarquía eclesiástica, y es para nada sospechoso de simpatizar con las ideas revolucionarias de Camilo. El otro entrevistado, que compartió ese periodo de formación, y el ambiente del mismo seminario, condiscípulo en sentido

estricto, el padre Miguel Triana Uribe, lo corrobora.

Incidentalmente, este entrevistado se refirió también a la formación de Camilo como sociólogo, formación que apoyó y ayudó a fomentar. Me propuse entonces, entrevistar al Padre Triana. La respuesta del padre Triana fue jovial. Aceptó la entrevista en cuanto se la solicitamos. Puso como condición, eso sí, que lo recogiéramos de camino a la Biblioteca Nacional y que no fuera muy extensa, pues en el curso de la jornada iría a tener todavía muchos deberes.

Al escuchar la entrevista y al leer su transcripción, no puedo evitar la sensación de que en nuestro interés por dirigirnos hacia ciertas cuestiones teológicas y del conflicto de Camilo con la jerarquía. Lo interrumpimos más de una vez, quitándole espontaneidad a lo que recordaba. Su memoria era buena, pero se corrige en más de una oportunidad cuando comprueba que su relato mezclaba hechos, o los trasponía en el tiempo. Pero incluso en eso de avanzar y retroceder por los laberintos de la memoria, denota agilidad, y vivacidad de espíritu. Las anécdotas que evoca son significativas, siempre, y precisas. Y casi siempre jocosas.

Comienza el padre Triana corrigiendo algunas referencias que yo tenía: no, no fue discípulo de Camilo en el colegio, estaba unos cursos más adelante. Tampoco fue compañero suyo en Lovaina, aun cuando sí fue quien le recomendó precisamente ese país y esa universidad para que adelantara sus estudios universitarios. Evoca los motivos y los argumentos, poniendo mucho de su propia nostalgia por el ambiente en el que se formó. Y sí: el periodo en el que tuvo una relación más directa con Camilo fue el del seminario, pues aunque se hallaba tres años adelante en los estudios, tuvieron más de una afinidad. El padre Triana pudo ayudarle particularmente en una materia en la que Camilo andaba rezagado: el latín. Y es preciso y vehemente al defender la calidad de la educación que recibieron allí, saliéndole al paso a algunas de las interpretaciones que durante algún tiempo hicieron carrera, que atribuían el radicalismo de Camilo a una formación teológica o doctrinaria deficiente, como lo sostuvo el jesuita Vicente Andrade Valderrama.

El padre evocó con la misma nitidez circunstancias y detalles del medio social y familiar; pues en la Bogotá de entonces sus trayectorias se cruzaron más de una vez, antes del Seminario. También, de modo neto, rememoró el momento en el que se hizo patente la vocación sacerdotal de Camilo, y en esa dirección indica tres componentes: el influjo de un profesor en el Cervantes —colegio confesional— “el negro Mosquera Garcés”<sup>6</sup>, la prédica de un par de dominicos franceses de paso por Colombia, y unos retiros espirituales que Camilo hiciera en sexto de bachillerato. Se dejó ver que había reflexionado mucho sobre el asunto, y que la figura de Camilo, su trayectoria, lo habían marcado también a él, el testigo. “Fue el seminarista perfecto” dice con énfasis, y da detalles del ideal de perfección tal y como lo entendían quienes se formaban para la curia diocesana. “Nuestra ascesis era cumplir con el reglamento” termina diciendo. Mantuvo con Camilo una relación estrecha, camaraderil diríamos,

hasta cuando este se fue para la guerrilla, aunque no deja de observar que, ya embarcado en su carrera política, se había vuelto incumplido y lo dejó plantado más de una vez.

### Transcripción de la entrevista al Padre Miguel Triana

Hoy es 18 de octubre de 1991. Nos encontramos en la Sala de Música de la Biblioteca Nacional, en la cuarta de nuestra serie de entrevistas para el Archivo de la Palabra, en torno a la figura de Camilo Torres. Hoy está con nosotros el Padre Miguel Triana, quien fuera compañero de estudios de Camilo en el bachillerato, en el Liceo Cervantes, luego en el Seminario Mayor y luego en la Universidad de Lovaina. Él, entonces, resulta un testigo privilegiado de ese período crucial de formación, que se manifiesta en la vocación sacerdotal de Camilo, con todas las motivaciones espirituales que ella contiene, y sin la cual no podríamos entender la persona y la obra de Camilo Torres.

Fernando Cubides (FC): Mi primera pregunta, Padre, tiene que ver justamente con eso, ese tránsito de la adolescencia a la juventud que usted compartió con él. Hablando la vez pasada con la profesora Gerda, su media hermana<sup>7</sup>, ella nos decía que sólo podía hablar del Camilo niño, porque debido a la crisis familiar ella muy pronto se apartó de la familia justamente en el período en que Camilo ya dejaba la infancia y se volvió un adolescente, es decir, cuando atravesaba ese período que la novelística alemana, nos recordaba ella, con su categorización de la infancia, la adolescencia y la juventud, considera decisivo en la conformación de la personalidad. ¿Por qué no rememora usted ese período colegial que compartió con Camilo? ¿Cómo era el ambiente? ¿Cuáles fueron sus primeras impresiones? ¿Cómo trabó amistad usted con Camilo Torres?

Padre Miguel Triana (MT): Bueno, debo hacer una pequeña corrección. En realidad, yo no fui compañero de Camilo en el Cervantes, ni en Lovaina, mientras que sí tenemos mucho que ver. Te voy a la historia desde su comienzo. Una vez fui yo a cine y me encontré con un amigo mío, Manuel Antonio Cuéllar, que es otro de los que se pueden entrevistar; era muy amigo de Camilo. Estoy hablando de la época en que tendríamos unos catorce años. A la salida del teatro iba Manuel Antonio con un muchacho un poco antipático, un poco pretencioso, no me caía bien. Era Camilo Torres. Él estaba estudiando en la Quinta Mutis.

FC: ¿San Bartolomé?

MT: No, en el Rosario. Pasó un tiempo. Después, mi hermana, Cecilia Triana, se casó con el primo hermano de Camilo, es decir, con Rafael Castillo Torres. Eso acercó las familias y ahí conocí yo a Camilo. Ya yo estaba en el Seminario y él había pasado al Cervantes; hizo sus últimos años de bachillerato, entró tal vez en quinto de bachillerato y fue compañero de mi hermano Enrique Triana, del mismo curso. Me lo encontré un día en mi casa y me estuvo contando de sus experiencias religiosas. Pero debo decir algo antes: él estuvo en el matrimonio de mi hermana; estaba

muy enojado o al menos bailaba muy amacizado. Era muy parrandista. Y la entrevista, o la charla que tuve de sus experiencias religiosas fue posterior. Me empezó a contar que se había vuelto religioso y que tenía un profesor que se llamaba “El Negro” Mosquera Garcés, que era el vicerrector del Cervantes en ese entonces, y que era un hombre muy activista, un militante católico y lo impactó bastante, pero tenía muchas dudas religiosas. Me acuerdo que le presté yo un libro que se llamaba *Nuestras razones*, de un obispo argentino.

Así pasó el tiempo, o sea llegó a sexto de bachillerato y él estuvo haciendo unos retiros con Mosquera Garcés y con no-sé-quién-más y, entonces, fue cuando tuvo la idea de entrar al seminario. Llegaron aquí a Colombia, a Bogotá, un par de dominicos franceses que eran el Padre Nielly y el Padre Blanchet. Esos padres dominicos pues tenían toda la autenticidad del dominico y el prestigio de los dominicos franceses; era algo realmente que llamaba la atención, y que se me perdona lo que digo, pero muy distintos de los dominicos de aquí en ese momento. Se hicieron muy amigos de Camilo porque estuvieron en contacto a través del Cervantes y Camilo resolvió entrarse de dominico. Entonces la mamá, Isabel Restrepo de Torres, una mujer sumamente simpática y alegre, inteligente, que había tenido problemas matrimoniales con su esposo —estaban separados—, Calixto Torres Umaña, no aceptaba por ningún motivo esa vocación. Ella no era creyente y sobre todo, odiaba a los dominicos. Total, cuando Camilo fue a coger el tren para Chiquinquirá sin contarle —ella se enteró de alguna manera—, resolvió ir a impedir que él se fuera. Recuerdo entonces otro personaje interesante, ya muerto, Enrique Martínez Delgado. Era amigo de Isabel Restrepo y amigo de Camilo, un hombre muy bueno. Él acompañó a Isabel porque ella era un poquito medio alocada y quién sabe qué iba a hacer. Ella llegó a la estación del tren y le dijo: “Camilo si usted coge ese tren yo me boto al tren” y ella era capaz de hacerlo. Total que Camilo le dijo ante eso: “Pues no, no me voy de dominico”. Y Enrique Martínez dijo: “Pero bueno, tampoco nos podemos oponer radicalmente a su vocación... más bien entrémoslo al Seminario Mayor de Bogotá, al clero diocesano”.

**FC:** ¿Ahí si se encontró con usted?

**MT:** Ahí nos encontramos. Enrique Martínez era muy amigo del vicerrector del seminario, “el doctor”, que llamábamos entonces, el doctor Fernando Acevedo Ortiz. Ellos negociaron la cosa, digamos entre comillas, y efectivamente llegó Camilo [pausa]. Perdón, es que de pronto los recuerdos van llegando desordenadamente. Ahora recuerdo que Camilo alcanzó a estudiar Derecho.

**FC:** ¿Un año en la Nacional?

**MT:** Un año en la Nacional.

Isabel Cristina Dulcey (**ICD**): No alcanzó a ser un año: un semestre.

**MT:** Exactamente; entonces de ahí entró al Seminario

Mayor. Yo por entonces estaba en tercero de filosofía, yo llevaba ya tres años. Había salido del Cervantes de bachiller y entré directamente al seminario. Y nos encontramos. Yo era muy amante de mi vocación, del clero diocesano. Por entonces había una polémica entre el clero religioso y el clero diocesano a ver cuál era más perfecto, y cuál era mejor; cosas de la época. Generalmente los religiosos decían que el clero secular era una cosa así como mediocre, eso no era para gente que buscaba la perfección y eso a mí me irritaba. Camilo, llegó pues, con vocación de religioso, pero él seguía pensando...

**FC:** En una regla, en una gente más conventual...

**MT:** En algo más conventual, en una austeridad, en una penitencia, en una serie de cosas que tenían los dominicos y que no había en el seminario, de la entrada, pues ya teníamos vínculos familiares y sociales, pues éramos del mismo medio social.

**FC:** Habían salido del mismo colegio.

**MT:** Del mismo colegio, es decir, teníamos mucho en común. Y naturalmente nos hicimos muy, pero muy amigos; sintonizamos en una manera perfecta en sentimientos, en modo de ser, en ideales. Yo me propuse mostrarle cómo la perfección cristiana no consistía en la austeridad, y en la penitencia, sino en la caridad, y que eso es lo que vivimos en el clero diocesano.

**FC:** Le impuso un ideal del celo religioso, como lo denominaban en la época; la observancia de todos los componentes de la formación, rendir al máximo en todas las materias.

**MT:** Sí, eso sí, eso sí, porque en el Seminario Mayor la norma era el reglamento, el reglamento era la voluntad de Dios. Y entonces yo le dije: “Aquí nuestra ascesis es cumplir el reglamento de manera perfecta”. Y él lo cumplió hasta que yo salí del seminario, de una manera perfecta, cosa que no era muy generalizada. Había varios seminaristas así medio relajaditos. Otra cosa interesante fue esto: en el seminario había varias clases sociales, o sea había seminaristas que procedíamos de distintas clases sociales y normalmente eso se va reuniendo los amigos con los amigos; de pronto hay también algunas antipatías, cosas humanas. Camilo y yo hicimos un pacto, a pesar de que éramos tan amigos, que simpatizábamos tanto: el pacto era que no nos íbamos a tratar mucho los dos para no ser antipáticos, y que nos íbamos a tratar más bien con todos, especialmente con los más pobres y con los que venían de provincia. Y salíamos después de almuerzo a pasear como era costumbre y charlábamos y nos contábamos un montón de cosas, pero después no teníamos ninguna amistad particular, que eso era otra cosa que no convenía en un seminario.

**FC:** Padre, pero, permíteme la interrupción. ¿Por qué no retrocedemos un tanto puesto que hay una cuestión importantísima, que es cómo se manifiesta la crisis de la vocación? Aunque usted no hubiera estado aquí directamente



relacionado con Camilo en ese momento. Nos queda sin explicar, a los posibles investigadores que se interesen en este tema, cómo ese muchacho parrandista, como usted lo definió, ese muchacho que no alimentaba mayor vocación a los catorce años, más bien volcado hacia el mundo, de pronto sufre su crisis espiritual y se convierte en un hombre muy religioso, alguien que desea abrazar la religión, que quiere cumplir la función sacerdotal y además que tiene esa inclinación decidida por la regla y el ambiente, no ascético sino, casi místico, de las órdenes religiosas conventuales.

**MT:** Hasta donde yo puedo rastrear o recordar, todo su cambio se realizó, como venía diciendo, por el encuentro con este Mosquera Garcés, que era un hombre que contagiaba su entusiasmo, su mística cristiana y apostólica; y luego, la influencia de los padres dominicos, que fue también decisiva para él, y en fin, unos retiros espirituales que hizo en sexto de bachillerato. Ahí fue cuando él empezó a cambiar francamente, es decir, de no creyente a creyente, y de creyente a entrega total. El proceso se ve que fue relativamente rápido.

**FC:** Para la propia familia fue una sorpresa. La profesora Gerda nos decía, que para ella, cuando lo reencontró ya como seminarista fue una total sorpresa, puesto que ella, siendo creyente, una creyente tibia digamos, se había criado en una familia librepensadora, descreída. Calixto Torres Umaña era un libre pensador, un intelectual; entonces de ahí que esta vocación de Camilo, un poco tardía además, podría ser interpretada como una rebeldía contra la pauta familiar, contra la formación inicial.

**MT:** Camilo tenía dieciocho años cuando entró al seminario. Cambió un poquito también su temperamento, que era un temperamento radical: él iba “arrasando” con sus convicciones.

**FC:** Volvamos al seminario.

**MT:** Yo le ayudé ahí un poquito en el latín porque llegó sin saber latín, mientras que los compañeros venían del seminario menor, con cinco años de latín, y tocaba era estudiar textos latinos y dar clases, dar lecciones en latín y la filosofía en latín, entonces siempre para él era un poquito complicado.

**FC:** ¿Qué compendio filosófico usaban como texto?

**MT:** El de Charles Boyer. Bien. Yo duré entonces ahí de compañero de Camilo, en el Seminario Mayor — que estaba ya en el Chicó, ahí en la 94— a ver, dos años y medio, porque a los dos años y medio a mí me enviaron a Roma y nos despedimos de Camilo. Pero lo que yo dejé de Camilo era el seminarista perfecto, intachable, gran estudiante, perfecto cumplidor del reglamento, un hombre de una gran espiritualidad, de mucha oración, de mucha penitencia. Yo supe, por ejemplo, que él dormía en el puro suelo, teniendo cama, entonces él dormía en el suelo, como penitencia voluntaria. Ahí termina mi historia de compañero del seminario.

**FC:** ¿Luego de eso se carteaban?

**MT:** Nos escribíamos frecuentemente, yo diría como una vez por mes, o algo así.

**FC:** Alguien nos dijo que había sido usted quien había sugerido Lovaina como un sitio para una formación avanzada, universitaria.

**MT:** Así es. Cuando yo estaba terminando mi licencia en Teología en la Universidad Gregoriana, el Arzobispo de Bogotá, que era Monseñor Ismael Perdomo (que está en vía de canonización), me dijo que él quería que yo hiciera una especialización en Sociología en la Universidad de Lovaina. Ahora que he estado leyendo la historia de Monseñor Perdomo he entendido, muchos años después, porqué quiso él eso. Resulta que él también pasó por Bélgica, en su juventud sacerdotal, y quedó encantado con los movimientos sociales y apostólicos que hay en Bélgica.

**FC:** ¿Los curas obreros?

**MT:** Mmmm; no, eso fue después; digamos, entonces, era toda la organización de los trabajadores. En eso sí Bélgica fue a la vanguardia de los países de Europa. Entonces yo estudié allá ciencias políticas y sociales (o sea que somos colegas en parte) y regresé a finales del año 1952. Camilo estaba de diácono, es decir iba a hacer su último año, cuarto de teología.

**ICD:** Antes de irse para Roma, ¿Camilo ya estaba haciendo el trabajo con las casas aledañas al seminario?

**MT:** No, eso lo acepté yo después. Eso lo pueden informar el Padre José María Marulanda, párroco de Cota; o el Padre Jorge Micolta, párroco de Cristo Maestro, porque ellos fueron los que trabajaron con Camilo directamente. Yo sólo me enteré que él tenía su obra social, tenía un ranchito y una mujercita por ahí en el monte a la que auxiliaba y también daba catequesis. Era en El Pedregal, que queda cerca de Usaquén. Bueno; regreso yo y entonces sucede que, a ver: hay que echar un poquito de para atrás. Antes de irme yo a Roma, empezamos a formar como un círculo literario, como de profundización, de *amateurs* y nos gustaba estudiar inglés, estudiar hebreo, cosas así.

**FC:** Él sabía alemán, ¿no?

**MT:** Pero el alemán no figuraba en eso, esto era más bien con Gustavo Pérez, otro personaje que figura más en la historia de Camilo; cuando yo regresé eso había cogido una nueva forma, eso ya se llamaba el “Círculo de Sociología”, que lo habían formado Camilo y Gustavo Pérez. Y entonces, yo que llegaba, pues, con todas esas ínfulas de sociólogo de Lovaina; me dijeron “Háganos el favor de asesorarnos esto”, y efectivamente yo lo hice con inmenso gusto porque además me daban en lo que a mí me gustaba. Y ahí en ese círculo, que lo dirigía Camilo, entraron una colección de sacerdotes muy interesante, no sé si ustedes han tenido ya datos sobre eso.

**FC:** Algunos de los testimonios que aparecen escritos, sobre todo en la obra de [Joe] Broderick.

**MT:** Exactamente, te cuento quienes estuvieron, el Cardenal Alfonso López Trujillo.

**FC:** ¿Es sociólogo?

**MT:** Él es filósofo, pero estudió mucho el marxismo; después está Monseñor Gabriel Romero, Obispo de Facatativá; ahí estuvo el Padre Fernando Umaña, que dirige el *Foyer de Charité*; el Padre Guillermo Agudelo, Párroco de Cristo Rey. Una colección de padres que, yo diría, todos han hecho un papel importante, para un lado, para otro, pero todos lo han hecho. También estuvieron, lo que llamaron después, los “curas rebeldes”. Estuvo Luis Currea, por ejemplo; uno muy notable, que fue Fernando Rueda Williamson, que era amiguísimo de Camilo. Entonces Camilo dirigió el círculo un tiempo. Yo lo asesoraba, le llevaba los temas de sociología y de economía, pero ya al final tenía muchas ocupaciones y muchos preparativos para su ordenación. Eso lo dejó en manos de otro, pero siguió la llama viva. Yo seguí con ese círculo por varios años y nos informábamos. Recuerdo una vez que tuvimos un paseo, cuando dirigía el círculo Fernando Rueda, paseo a Usme —donde están ahora los monjes— y a Fernando Rueda le ha llegado una carta de Camilo, de Alemania Oriental. Esa es una carta famosa porque fue toda la observación que había hecho Camilo de lo que era el país comunista, y decía, en forma profética, que los bárbaros iban a convertir la iglesia, como había sucedido en los primeros tiempos del cristianismo. Porque la comparación con la Alemania Occidental, que era una Alemania burguesa, paganizada, y la Alemania Oriental, incrédula, pero de una austeridad, de una mística, que esos eran los que realmente iban a transformar Europa. Bueno, quién sabe en qué quedaría después de todo lo que ha pasado con Gorbachov [ríe]. Entonces a Camilo le gustó la idea de ir a estudiar Ciencias Políticas y Sociales en Lovaina y se preparó e hizo todo lo necesario para ese viaje. Hay una cosa interesante que vale la pena: en ese momento, Camilo era un poco godo de pensamiento. Claro, uno cuando llega de Lovaina... Lovaina, yo entendí en ese momento que era la universidad-límite, fronteriza, entre lo ortodoxo y lo heterodoxo; en todos los aspectos, en teología, en filosofía, en Sagrada Escritura, en sociología, era pues, de mucha avanzada en moral.

**FC:** ¿Tenía esa impronta jesuítica?

**MT:** No, todo lo contrario.

**FC:** Porque hemos escuchado algunos rasgos que podrían llevar allí; por ejemplo, los retiros espirituales, la técnica de meditación concebida y puesta en ejecución admirablemente por la Compañía de Jesús, y concebida por el propio por Ignacio de Loyola. Usted estuvo en la Gregoriana, que es como una institución élite de la Compañía de Jesús. Y hay más de un jesuita egresado de Lovaina, que nos llevaba a pensar que, si bien no está regentada por la Compañía de Jesús, en esa universidad la versión católica del jesuitismo

ha tenido siempre mucha influencia.

**MT:** En eso tienes razón. Lo que pasa es que los jesuitas tenían otra universidad ahí en Lovaina, y ahí, efectivamente, había jesuitas muy notables, por ejemplo el padre Saarle, y por ahí pasaron varios colombianos también. Lovaina toda era una ciudad universitaria, toda la ciudad era universitaria, pero la universidad de Lovaina propiamente —en la que yo estuve— era del clero diocesano, del episcopado, no era de los jesuitas y no tenía profesores jesuitas, todos eran sacerdotes diocesanos. Digo que Camilo era un poquito tradicionalista porque, por ejemplo, estuvimos discutiendo sobre libertad religiosa, y él estaba defendiendo los puntos de vista de... que había estudiado en derecho público. Y luego estudió en el seminario con un texto de un teólogo que fue de los integristas en el Concilio Vaticano Segundo. Ahora no recuerdo su nombre, y venía con las ideas del padre Leclerc, Jean Leclerc.

**FC:** Uno de los asesores de Juan XXIII, más adelante.

**MT:** Probablemente sí. Bueno, y entonces pues, Camilo decía que la verdad tenía derechos y que los que no estaban en la verdad pues no tenían derechos. Mi teoría era que la verdad no tiene derechos sino que los que tienen derechos son los hombres; y hay que luchar para tener la verdad y eso nos dio para una gran discusión entre él y yo que... es sorprendente, porque después Camilo iba mucho más adelante en eso que nosotros, así empieza. Se ordenó en octubre, creo que por esta época, que fue para terminar el año con una ceremonia preciosa para él solito, y me acuerdo lo que se cantó, porque me dejó un recuerdo imborrable, que era el himno “Tu est sacerdos in aeternum secundum ordinem Melquisedec”, que quiere decir: “Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec”. Y cuando él murió, yo dije una misa por él, y como él había dejado el ministerio, yo recordaba eso en la homilía: tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec.

**FC:** ¿Eso es un himno de Santo Tomás?

**MT:** Eso es de un salmo. Como te digo, el vínculo era el Círculo de Sociología y Camilo; tengo una anécdota un poco chistosa, ¿también se puede contar?

**FC:** Pero desde luego: ¡esas más que todo!

**MT:** Resulta que para despedir a Camilo lo invité a almorzar a mi casa un día con Marulanda. Lo llamábamos Marula, que era un poquito chabacano en su lenguaje; era un hombre santo y de un mérito sacerdotal extraordinario, pero el castellano no se había hecho para él, él no era bueno para eso —su vocabulario era limitado—. Entonces Camilo me dijo: “y ¿qué direcciones me das para ir allá?”, y yo le dije: “Mira pues yo vivía en el Bulevar Rue de Lance n.º 22”; y Marula dice, alarmado: “¡Ya lo va a mandar a los bulevares!”. [Risas] Se fue y tuvo otra conexión por ahí, por la que nos escribíamos. Camilo fundó en Lovaina un Centro de Estudios Socioeconómicos para Latinoamérica, porque él estuvo en el Colegio para la América Latina.

**ICD:** De rector, fue nombrado rector del colegio para América Latina, del grupo de estudiantes colombianos que él conforma en Europa para aquel trabajo de proyección hasta Colombia.

**MT:** Entonces un día, cuando vamos a vacaciones, lo fundó también en Bogotá y me dejó a mí de asesor, y yo asesoraba ese grupo interesante. Ahí se veía un poco la tendencia ecuménica de Camilo. Estaba, por ejemplo, Jaime Quijano Caballero, que fue después el Rector de la INCCA, que murió; por ahí pasó también Vieira; estuvo Rivas, el que fue ministro; estuvo también Umaña Luna, que funcionaba bastante; Diego Uribe Vargas pasó por ahí. Era un grupo grande. Nos reuníamos casi siempre en mi casa para hacer un estudio y conversaciones y diálogos sobre la realidad colombiana y lo que se podía hacer en el cambio social, por una sociedad más justa. Eso también nos mantenía en comunicación.

Ya tengo que dar un paso largo porque lo demás se sabe por otras fuentes, no por la mía, porque no me consta directamente, sino ya de su regreso a Colombia. Me encontró a mí de Director Espiritual del Seminario Mayor en el Chicó, y él iba a ser Capellán de la Universidad Nacional o vicecapellán, porque el principal ahí era Enrique Acosta, y yo con él tenía mucha amistad. Enrique Acosta fue mi profesor de Filosofía y de Teología, y le guardo un gran cariño. Él dejó el ministerio —está casado—, pero le tengo el mejor de los recuerdos. Y Camilo y él eran como el agua y el aceite; eran muy amigos, pero peleaban, porque eran de dos tendencias muy diferentes. Enrique Acosta era muy hacia lo burgués y Camilo muy hacia lo proletario. Me acuerdo por ejemplo que Enrique Acosta tenía un carro Kartman y Camilo le combatía eso, que como podía ser esa imagen de un capellán de la Universidad Nacional. Sin embargo, creo que entre los dos hicieron buena labor en la universidad, como complemento; quisieron más a Camilo —pienso yo— y fue cuando fundó a Muniproc. Él fue —creo que— de los pioneros de la acción comunal en Colombia. Tenía un grupo de universitarios y universitarias, de reflexión de apostolado que celebró también.

**ICD:** Comunidad, movimiento comunitario.

**MT:** Eso, eso. ¿Tú por qué sabes tanto?

**FC:** Se leyó toda la literatura disponible.

**MT:** Tú tienes la senda elegida para que...

**FC:** ¡Para que trabaje de asistente de investigación!  
[Risas.]

**MT:** Entonces funcionaba con la comunidad, eso ya se me había olvidado. Creo que dentro de esa comunidad estaba Germán Castillo, de los que después ha dirigido el Icodes. En algún momento nombraron a Camilo asistente de muchachos de Acción Católica y ahí fue cuando nos volvimos a encontrar más de cerca porque yo también era asistente arquidiocesano de las señoras y señoritas de Acción Católica, y él de los muchachos. Entonces de pronto nos

juntábamos, hacíamos paseos, hicimos un paseo a Golconda, el famoso Golconda, muy divertido, las penitencias... Es que Camilo era sensacional, era el hombre de los chistes. A veces nos reuníamos con nuestros amigos a echar chistes, verdes también, naturalmente, ¡pero muy buenos! Pasábamos noches enteras echando chistes, y cantábamos, éramos muy alegres. Éramos un nuevo estilo de sacerdote en esa época, menos solemne y él era muy tomapelista. Era divertidísimo. Era, en suma, una personalidad subyugante, a todo el mundo le fascinaba Camilo, no había quien no lo quisiera.

**ICD:** ¿Muy carismático?

**MT:** Sí, sí.

**FC:** Isabel utilizaba una palabra que es importante para los sacerdotes, y también para los sociólogos —quería yo referirme a eso precisamente—, el carisma. Para el sociólogo, quiere decir esa capacidad de persuasión, de alguien a quien se le atribuyen gracias especiales —no necesariamente la gracia salvadora—, como la cualidad de un líder por ejemplo; eso también vinculado a partes de la personalidad, al cargo mismo, el cargo de sacerdote. La función del sacerdote tiene un carisma propio, por mucho que sea —el sacerdote en cuestión—, una personalidad opaca “el hábito hace al monje”, como dice el refrán popular. Nos decía la medio hermana de Camilo que ella consideraba el que lo hubieran suspendido como sacerdote —que la jerarquía no le hubiera permitido llevar el hábito— como una pérdida para sus propósitos políticos y para el tipo de liderazgo que él pretendía asumir. Porque un sector del pueblo le quitó su apoyo, a medida que ya no tenía ese carisma otorgado, el carisma del cargo, sino que debía reducirse al propio carisma de su personalidad. Y ante la organización que había logrado construir, que era una organización frágil, eso era como una disminución, ¿usted qué piensa a propósito de eso?

**MT:** Creo que hay bastantes razones para pensar eso. Sin embargo, él dejó una aureola de cura que no se le ha quitado. Yo creo que el hecho de que ahora lo usan como bandera los del ELN, y que es él precisamente, y no alguno de los otros —porque ha habido mucho otros sacerdotes que han entrado en ese camino de la guerrilla— es porque él es el paradigma de los sacerdotes que cogieron ese camino, ¿no? Ese carisma fue muy fuerte en él.

**FC:** Padre, Broderick insiste en que las orientaciones teológicas y en el tipo de sacerdocio de Camilo había una especie de anticipación a la teología de la liberación, por aquello de la caridad. Volvamos un poco a esa cuestión de la caridad como idea sacerdotal que ustedes discutían en el seminario. Camilo le añade una connotación: que la caridad tiene que ser eficaz.

**MT:** Eso te iba a decir, has acertado.

**FC:** Y quien dice eficaz, dice buscar toda clase de medios para obtener el fin. Lo que introduce otro elemento, uno de ellos —de esos medios— los que termina viendo como la “última ratio” es la violencia. Al leer uno el ensayo de



Camilo acerca de la violencia en Colombia, antes de que se hubiera embarcado en la carrera política, se sorprende de cosas como la siguiente: valoraciones íntegramente positivas de la violencia, después de que los colegas suyos de la Facultad de Sociología estaban mostrando los efectos nocivos, la destrucción, las pérdidas, estaban haciendo la estadística macabra —el número de muertos—, el escrito de Camilo sorprende porque incluye una valoración positiva de la violencia y de la violencia tal como la ejercen las guerrillas. En su escrito [lee un pasaje] dice:

(...) las guerrillas han impuesto disciplinas exigidas por los mismos campesinos, han democratizado la autoridad, han dado confianza y seguridad a nuestras comunidades rurales —como lo mencionamos al tratar del espíritu de inferioridad, desaparecido en las áreas campesinas en donde el fenómeno de la violencia se ha manifestado—, todas estas transformaciones socioculturales en el campesinado lo disponen hacer un grupo de presión para un cambio general de estructuras como lo analizaremos más adelante.

Es la premonición de su ingreso a la guerrilla, me parece a mí, pero en la misma decisión hay un elemento religioso, una motivación religiosa, la idea de la eficacia de la caridad que llevada al límite, puede significar eso, ¿no?

**MT:** A ver: ¿Qué análisis te puedo hacer, ya más profundo, de la ideología de Camilo? Yo creo que Camilo ante todo fue un hombre coherente consigo mismo, hasta el final; por eso yo le tengo una esperanza grande de su salvación y le pido con frecuencia a Dios. Camilo no podía pensar todas las consecuencias. La idea fue esa, la de caridad eficaz, basándose en lo que dice San Juan en su primera carta, el capítulo tercero, que dice “Hermanos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con hechos y de verdad”. Entonces eso explica muchas cosas de él, todo era alrededor de eso, de la caridad. Explica, por ejemplo, una anécdota que me parece conmovedora y está bien atestiguar aquí: tuvo una vez una discusión fuerte, porque él de pronto se ponía un poquito tenso, con Álvaro Gómez Hurtado, y probablemente se propasó un poquito Camilo. El hecho es que se despidieron esa noche y al día siguiente por la mañana se oyó una motocicleta —él andaba en motocicleta— y pasó por la casa de Álvaro Gómez, le mandó un papelito por debajo de la puerta, y siguió en la motocicleta, y el papelito decía “Álvaro, voy a celebrar la Eucaristía, el Evangelio me pide que antes de ofrecer la ofrenda me reconcilie con mi hermano, te pido perdón por lo de anoche”. Él era así. Eso llevó luego a cosas un poquito más radicales, también de esas características. Y es que la Eucaristía no sería nunca auténtica hasta que no hubiera fraternidad entre los hombres, y eso pues da pie a pensar que hay que dejar de celebrar la Eucaristía mientras no se haga la lucha social.

**ICD:** Pero él logró conciliar, incluso interiormente un poco eso, porque sabía que tampoco podía marginar a la comunidad de escuchar la palabra de Dios. Incluso en el grupo Comunidad de Universitarios, que iban a hacer

un estudio de la doctrina cristiana, había una reflexión de crítica hacia la Iglesia y a su papel frente a la comunidad y de ciertas inconsecuencias que se estaban llevando a cabo, con lo que era la doctrina cristiana ¿no? Todo este papel que va desarrollando Camilo, poco a poco, que va dándonos la directriz de lo que va a ser después su radicalización ¿cómo era vista por los sacerdotes que lo acompañaban y que estuvieron junto a él en ese momento?

**MT:** Bueno, nosotros éramos un grupo de amigos grande, amigos y admiradores, digamos, te señalo uno que se llama el Mono Díaz, también es interesante para entrevistar.

**ICD:** Hemos trabajado también con Hoyos.

**MT:** Si, Hoyos. Es que éramos muchos amigos de Camilo. Alguna vez se reunieron, tal vez yo no estuve, pero me contaron que estaban como arrepentidos de no haber hecho más por Camilo, como amigos. Yo les cuento qué vi yo en Camilo: a mí me parece —esto ya es un juicio ¿no?— que a Camilo le hizo falta, primero, un poco más de Teología Romana, porque esa es una teología de una solidez muy básica; eso, conciliado con Lovaina resulta bien; segundo: le hizo falta parroquia, le faltó un poquito, un trabajo así de ese estilo, de base y no directamente metido en la lucha social. Desde luego, su opción tiene ingredientes psicológicos —a él naturalmente lo marcó la separación de su papá y su mamá, y todo aquello—. Y luego él va siendo rodeado por un grupo de amigos donde había inclusive algún sacerdote, y amigos y amigas que, yo considero, influyeron mucho en sus últimos días, era un grupo de parranda, un poco.

**FC:** Era un círculo más bien hermético ¿no? Era muy difícil discernir a dónde iba.

**MT:** No, yo te estoy hablando de un poquito antes, cuando todavía a mí me invitaban de golpe a la casa de la Restrepo. A ese grupo ya se le notaba un poquito de bohemia, de trago, de familiaridades, de cosas que no eran lo mejor; y dentro de esos, o quizá... sí, ahí ya estaba Gutierrez.

**FC:** ¿Gutierrez Olivieri?

**MT:** Exacto, también tuvo mucha influencia en sus últimos días. Y ahí sí se empezó a formar un círculo cerrado alrededor de él, un círculo de personas de izquierda, de extrema izquierda —yo diría comunistas, francamente— que lo apartaron de nosotros, tanto que yo... A mí me empezó a incumplir como amigo. Nos poníamos una cita para almorzar u otra cosa y no llegaba, lo olvidaba. Se empezó él a alejar y era difícil ya comunicarse con él. Uno lo llamaba por teléfono y había casos en que no lo pasaban al teléfono. Sin embargo ya al final tuve... yo renuncié... pues me dije “yo ya no lucho más esto, porque si él no quiere, no podemos forzar la situación”. Pero ya cuando él estaba envainado con el cardenal y la reducción al estado laical y todo eso, entonces lo invité a comer a La Reserve para discutir su plataforma. Y eso pasamos toda la noche muy sabroso, discutiendo la plataforma, pero yo le dije: “Mira, Camilo, aquí yo veo una serie de cosas socialistas y demagógicas”. El me dijo:

“Sí, pero es que las plataformas deben ser así”. Le dije: “Mira, yo creo que tu solución en este momento es: arréglate con el cardenal y vete otra vez a Roma —que era una propuesta que le habían hecho, de seguir sus estudios— y deja que se calmen aquí las cosas”. No, no me hizo caso.

**ICD:** Exactamente. Cuando Camilo Torres lanza su plan de la plataforma para el Frente Unido, cuándo él va a las reuniones con el cardenal, le pregunta cuáles son las tesis que van en oposición al cristianismo y el cardenal le dice que no va a discutir eso con él porque él las conoce perfectamente ¿Podría usted, Padre, señalarnos puntualmente las que recuerde?

**FC:** O sea: ¿Cómo resumiría el conflicto de Camilo con la jerarquía de la Iglesia?

**MT:** El conflicto... yo creo que sobre esto también se ha especulado apasionadamente, contra la jerarquía y contra el cardenal. Tanto que la Restrepo, la mamá —que era tan graciosa— me decía alguna vez, ya después de la muerte de Camilo: “Yo sigo en pie y me voy a ir al infierno, pero lo único que me aburre de ir al infierno es que me voy a encontrar con Monseñor Concha” [risas]. En realidad, el Cardenal Concha era un hombre de una sola pieza. Yo también tuve una anécdota en que sufrí esa inflexibilidad del Cardenal Concha. Cuando decía una cosa, y estaba convencido, él era neto. Pero sí le ofrecieron a Camilo que dirigiera el Departamento de Investigación Social de la Curia, lo que él no aceptó. De modo que si hubo un tender de la mano. Lo que la jerarquía no compartió con él no fue por cuestiones ideológicas sino cuestiones pastorales, es decir, le decían: “Usted no puede ejercer activamente una política, una acción política militante, como sacerdote, usted tiene que escoger o va a ser un político o hace su ministerio”, esa fue la alternativa. Entonces él, por la caridad, dijo: “Yo amo mi ministerio, pero amo más al pueblo”. Bueno, esa frase tal vez no la dijo, pero esa era la idea. Prefirió dejar su ministerio por salvar al pueblo en el campo político.

**ICD:** Él exactamente se refería, del amor al prójimo, que fuera eficaz y que él consideró siempre que [era] a través [de la] actividad cristiana como se podía llevar a cabo de una manera, pero veía que iba a dar pasos mucho más largos y que por eso pensaba irse. En vista de que no podía servir al prójimo de la mejor manera, entonces se retiraba como sacerdote.

**MT:** Así es. Tengo dos cositas más que contarles y tal vez con eso termino porque me tengo que ir ya. En esa comida que les digo, que fue unos meses antes de que se fuera a la guerrilla, muy poco tiempo, él me dijo: “Yo ya he tocado todas las puertas, yo ya he dialogado con el Partido Conservador Oficialista, con el Laureanista, con el Liberalismo Oficialista, con el MRL, con la Anapo, con el Partido Comunista... y todos son unos badulaques”. Entonces ya no le quedaba otro camino. Camilo no me habló ese día de la guerrilla, pero veo que él se dijo: “Él único camino posible para un cambio social justo es la guerrilla”. Por eso yo lo veo a él coherente consigo mismo, un poquito obsesionado porque empezó a tener mucho éxito, y el éxito popular es una calamidad porque eso lo marca a uno mucho. El hecho es que —la última anécdota que tengo de él—

un día me invitó el canciller, era Ernesto Umaña de Brigard, hoy casado, a comer a su casa. Entonces yo, como iba como muy curioso porque nunca lo hacía, voy y allá me encuentro al Mono Calvo, otro cura —también investigable— porque él...

**ICD:** Excuñado de Camilo.

**MT:** Exacto, el hermano de la novia. Y cuando llegué ahí, me dice el Mono: “¿Sabes quién va a venir hoy?”, le dije: “No”; me dijo: “Camilo”. Ya estaba reducido al estado laical. Llegó tardísimo —como era su costumbre— todo ronco, ya sin voz [finge imitarlo]: “Acabo de hacer un discurso a las fuerzas armadas”. Y ahí estuvimos dialogando, el propósito era —fijese lo bonito—, él quería pedirle a la Santa Sede la licencia de celebrar misa privada, él nunca se resignó a no decir misa. Entonces el canciller le dijo: “Sí, lo vamos a pedir por medio de Monseñor Brigard, que se va para Roma”. No recuerdo que pasó después porque pocos días después desapareció. Creo que Broderick cuenta ese pasaje, que yo no lo entendí por el momento. Pero, ¿cómo lo noté yo? Lo noté que... él defendía muy lindamente su idea, con el mismo evangelio, pero ya no dialogaba, él no oía, no escuchaba las razones que le dábamos, estaba en su ley. Y la despedida de Camilo —que es mi despedida con ustedes—: él me acompañó hasta el automóvil, y luego nos abrazamos y le dije: “¡Ola! Camilo, estás barrigón”, y me dijo: “Sí, es que la Santa Sede me dejó esperando” [risas].

**FC:** Padre, quería hacerle una pregunta sobre esa especie de tensión moral de la vida bohemia que usted nos cuenta. Ya hacia el final, de ese periodo —dice un amigo de él— que Camilo era un “Eros que no cabía en la sotana”, dice Darío Botero, que ya el celibato como pauta sacerdotal no era aplicado, en verdad amaba, y hace poco vi una carta.

**MT:** ¿De Cecilia...?

**FC:** El periódico no la identifica, entonces, decía “Recibí tu carta, habría sido para ti y para mí...”.

**MT:** Sí: salió publicada en el periódico. Él tenía sus cositas. Lógicamente era de una riqueza humana, un hombre, como todas las demás personas, con muchos amores platónicos y además con un éxito con las mujeres. Era sumamente buen mozo, tenía todas las cualidades para ser un hombre atractivo ¿no? Entonces era difícil esa lucha, sobre todo cuando él empezó a rodearse de esta clase de gente, porque el ambiente influye mucho.

**ICD:** El ambiente bohemio, el de la Universidad Nacional, de la izquierda.

**MT:** Todo eso.

**FC:** Padre, muchísimas gracias.



---

## Notas

1. El padre Miguel Triana Uribe, ya fallecido, fue licenciado en teología con estudios de postgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Lovaina, y en Servicio Social. Fue asesor eclesiástico de los movimientos que forman el Apostolado Ambiental Especializado; asesor eclesiástico del Consejo de Laicos de la Arquidiócesis de Bogotá; director del Comité de Comunicaciones y asesor eclesiástico del Gimnasio Femenino y del colegio de La Candelaria de Bogotá. Web. 15 nov. 2013.
2. NOTA DE LA EDITORA: Esta nueva presentación de la entrevista, ampliada, del testimonio del Padre Miguel Triana, amigo y compañero de estudios de Camilo Torres, descubre anécdotas y un perfil un tanto desconocido de este ícono de la lucha armada colombiana que la asumió como un deber de católico y la entendió como sociólogo.
3. Esta entrevista con Camilo Torres Restrepo fue publicada primero en *El Espectador* y luego en formato de libro pequeño por Rafael Maldonado, *Conversaciones con un sacerdote colombiano* (Bogotá: Antares, 1957).
4. Ver Germán Guzmán, *Camilo: presencia y destino* (Bogotá: Antares, 1967); Joe Broderick, *Camilo Torres: el cura guerrillero* (Bogotá: El Labrador, 1987) o el excelente ensayo-reseña sobre varias obras acerca de Camilo Torres de John Womack Jr., “The Priest of Revolution”, *The New York Review of Books* [New York], 29 oct. 1969.
5. Compiladas y publicadas en Fernando Cubides. *Camilo Torres: testimonios sobre su figura y su época* (Bogotá: La Carreta Editores, 2010).
6. Manuel Mosquera Garcés, luego Ministro de Educación entre 1949 y 1953, y autor de dos libros *La ciudad creyente* (Bogotá: Editorial Centro, 1938) y *Vigencia de la cultura* (Bogotá: Antares, 1943).
7. Gerda Westendrop Restrepo (1916-1996), hermana media de Camilo Torres Restrepo, fue hija del alemán Kart Westendorp y de Isabel Restrepo. Fue la primera mujer que ingresó a la facultad de Medicina de la Universidad Nacional, en 1935, pero no se graduó allí, sino en Filología e Idiomas.